

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 2. Engendrar desde un amor para la vida buena

Finalmente nació el esperado hijo de Elcaná y Ana: “Al cabo de los días Ana concibió y dio a luz un hijo, al que puso por nombre Samuel, diciendo: «Se lo pedí al Señor»” (1 S 1,20). En su nombre, “Samuel”, resuena el verbo hebreo “pedir” (*ša’al*): al pronunciarlo sus padres recordarán que Dios, misericordioso, ha escuchado su oración. Pero el nombre significa también “Dios es su nombre”: es una confesión de fe en Dios, que les ha regalado lo más maravilloso: un hijo. Así, el nombre del pequeño Samuel nos recuerda que el hijo es un don de Dios que nos estimula a creer en él.

1) Don en un don

“¡Qué bueno que tú existas!”. Es el canto lleno de alegría y esperanza que los padres profieren cuando abrazan a su hijo por primera vez. Y no solo ni principalmente porque sea bueno para ellos, sino porque es maravilloso que haya nacido un hijo y que venga a habitar el mundo. Su propia existencia es un don: para los padres, para la familia, para la sociedad, para la Iglesia. Un don cargado de esperanza. Y como don, no puede ser exigido, porque no es un derecho: derechos se tienen sobre cosas. Pero el hijo no es algo que uno pueda exigir: lo acabaríamos reduciendo a nuestro propio interés.

El lugar que nos permite acoger al hijo con un verdadero don y no como un derecho es, precisamente, el recíproco don de los esposos. En su abrazo de entrega mutua ambos acogen en esperanza a su hijo como un regalo que uno hace al otro, y que Dios les hace a ambos. El acto conyugal, como don recíproco que uno hace de sí mismo al otro en el cuerpo, pone las bases para que el hijo sea acogido como un don y no como exigencia que viene a realizar los propios proyectos.

Comprendemos entonces que, cuando la técnica sustituye el acto por el que los esposos engendran a un hijo, está cambiando el mismo modo de situarse ante el hijo y de mirarlo. Porque ya no se le mira como un don, sino como una exigencia que se ha producido por el artificio del médico: “Existes porque yo he querido que existieses. Y existes para colmar mi deseo”. La técnica puede sustituir el acto conyugal, y entonces hace que los padres vean al hijo como un proyecto suyo. O, por el contrario, la técnica puede potenciar la fecundidad del acto conyugal, y, entonces, lleva a término una labor grande y bella. Ayudar, no sustituir, aquí está su grandeza y su límite.

2) Acoger en el “nosotros”

La cultura moderna, que contempla la anómala posibilidad de que una mujer llegue a ser madre sin la figura del padre (¡o incluso la posibilidad inversa!), quizá nos hace difícil asumir un rasgo esencial de la paternidad: no acoge solo el “yo” sino, sobre todo, el “nosotros” de los esposos e incluso de toda la familia. El hijo no llega a una existencia individual para colmar una laguna afectiva, sino a una familia para ser acogido en ella. Así, el “nosotros” de los esposos se hace hospitalidad radical y adquiere una nueva dimensión: antes se miraban el uno al otro, ahora contemplan juntos al hijo recién llegado, en el que descubren con asombro –por más que lo esperaran– el fruto de su amor.

Ante el hijo, los esposos aprenderán a decir de una forma nueva “nosotros”: la carne recién nacida les recuerda que son “una sola carne”. Pero no es un nosotros reconcentrado en sí mismo, sino proyectado hacia fuera, hacia el recién llegado: es el éxtasis del nosotros. Ante el hijo los padres salen de sí mismos (“éxtasis”) y, juntos, descubren con gozo su vocación de acogida radical del hijo. Más aún, descubrirán que ese cambio que experimentan sus vidas, ahora centradas en el hijo (horarios, ocupaciones), lo viven como una necesidad interior. El hijo se impone “desde dentro”, logrando que los padres deseen intensamente prestar ese servicio insustituible que están llamados a desempeñar. Acoger al hijo supone un trabajazo, vaya si lo es... pero no cuesta.

Más todavía, el hijo es capaz de construir el “nosotros” de sus padres en una forma nueva: porque requiere una concordia nueva del padre y de la madre en el engendrarle, criarle y educarle. Y una concordia que está llamada a crecer con el crecer del niño.

3) Gratitud al cónyuge

Al mirar juntos al hijo, los esposos también aprenden a mirarse de una forma nueva. Ya no es sólo mi esposo, mi esposa: es el padre o la madre de mi hijo. Ha nacido entre ellos un lazo nuevo, tan indisoluble como el vínculo matrimonial. Incluso más, porque comporta una irrevocabilidad única, que no es fruto de una elección, sino de la misma generación: el hijo será siempre nuestro hijo, suceda lo que suceda, y siempre se reconocerá como tal.

La mirada del cónyuge va, por tanto, del hijo al otro cónyuge. Y surge la gratitud. Los esposos han podido realizar su vocación a la paternidad/maternidad, hondamente escrita en sus corazones, gracias al otro. Solos no habrían podido. En el esposo o la esposa se ha hecho realidad el anhelo de engendrar. La mujer mira al marido como aquel que ha hecho fecundo su seno, que ha puesto en él una semilla capaz de hacerla madre; y como aquel que, durante el embarazo, ha sido una ayuda constante. Por su parte, el esposo mira a su mujer como aquella gracias a la cual él ha llegado a ser padre; muy consciente de que para ello, la esposa –tierra fértil– ha puesto en juego su vida misma. Es la gratitud por la confianza que el otro ha puesto en uno. Gratitud sponsal que abre a la gratitud al Padre, “de quien toma nombre toda paternidad”.

Esta gratitud mutua, esta alianza renovada, es el caldo de cultivo para la educación del hijo.

4) Lo que ve el hijo: una alianza que le precede

La mirada de los hijos, en su candor y esperanza, nos ayuda a centrar nuestra mirada, porque muchas veces se nos escapa lo esencial. Están los padres recostados descansando, y el niño quiere estar en medio, entre ambos. Y si al niño se le hace la típica e inoportuna pregunta: “¿a quién quieres más: a papá o a mamá?”, le ponemos en un apuro. ¡Qué absurdo!, querría decir tantas veces el hijo o la hija. Porque claro que quiere a papá y a mamá; pero los quiere porque quiere a *los dos*, que para él forman una unidad.

El hijo intuye que sus padres son una sola carne; lo que ve en ellos es precisamente su unión: hablan entre ellos, programan juntos, hacen cosas juntos, y cuando están juntos es cuando más a gusto está. Esa alianza que ve es la que le hace sentirse no solo seguro y protegido, sino sobre todo, querido y estimulado. Nuestra cultura individualista obvia esta realidad, como si el hijo quisiera por separado a uno u otro de sus progenitores. Pretende ignorarse así algo evidente: lo que más hace sufrir a los hijos del divorcio es comprobar que se ha roto la alianza entre sus padres, la alianza de su origen.

5) Lo que espera el hijo

¿Qué espera un hijo de sus padres? Que le enseñen a vivir en alianza. Porque en esto consiste la vida buena, esa vida que merece ser vivida. Una vida entrelazada de relaciones sólidas que realmente le ayuden a crecer. Parece que busca complicidad, pero lo que espera es verdadera autoridad. Parece que busca comprensión, pero lo que desea es estímulo y apoyo. Parece que busca cobijo, pero lo que ansía de verdad es fortaleza. En la autoridad, en el estímulo, en la fortaleza encuentra un amor que proyecta a la vida, que le introduce en la realidad, que le permite enfrentarse a sus desafíos y entablar, también él, relaciones de alianza (de fraternidad, de amistad, de esponsalidad, de paternidad).

El hijo no espera que sus padres sean perfectos. Su proceso de crecimiento coincidirá con la paulatina comprobación de que esto, que el creía en su infantil ingenuidad, no es así. El gran regalo que le pueden hacer sus padres es precisamente el de no ser perfectos y mostrarles que, con límites y defectos, son capaces de apostar su vida para mantener la alianza que un día sellaron, y hacerla crecer.

6) ¿Cuántos hijos?

Antaño era sencilla la pregunta: los que Dios quiera. Hoy ha cambiado y la pregunta se ha hecho candente. “Ninguno”, responden algunos (qué pena). “Sólo uno”: no vayamos a complicarnos demasiado la vida. “Dos” (a ser posible, “la parejita”): es el tope permitido por lo “socialmente correcto”. ¿Qué se esconde detrás? La concepción de una vida que es sólo un proyecto humano; y de unos hijos que son proyección de los propios deseos. ¿Por qué esta mediocridad cuando el amor goza en comunicarse? ¿Falta de esperanza? ¿Soledad ante los retos? La vida es más grande que nuestros proyectos. Y los hijos nos lo recuerdan: son ellos los que han roto esquemas y han hecho grande y bella la vida de los padres.

¿Cuántos hijos? Volvemos a la respuesta de los abuelos. “¡Los que Dios quiera!”. Pero no por fatalidad o irresponsabilidad; sino porque cuando uno responde así,

desafía a la vida y le da nueva medida: la medida de Dios. ¿Y cuántos quiere Dios? Sí, cierto, no tantos que no podamos con ellos. Pero ¿de cuánto somos capaces? Nos desconocemos a nosotros mismos. Quien pregunta a Dios, vence al demonio de nuestro tiempo: la “aseguracionitis”; y se abre a nueva esperanza, porque sabe que Dios acompaña en el día a día. No hay por ello procreación rayana en irresponsabilidad; al contrario, es la responsabilidad de la fe.

Más aún, esta es la única elección que expresa la grandeza del amor humano, y en particular de los esposos cristianos. Entendámoslo bien: un hijo vale tanto como cien. Lo importante es que sea eso, lo que Dios quiera; algo que él da a entender mediante las circunstancias de la vida, pero también –y sobre todo– mediante los deseos grandes del corazón. Porque engendrar es, sobre todo, un proyecto divino. ¡Cuántos matrimonios sin hijos han encontrado la paz al comprender que eso es lo que Dios quiere de ellos! ¡Cuántos hijos únicos, que por diversas circunstancias no han podido tener hermanos, han sido acogidos con gratitud y educados en la alegría de una familia cristiana! Pero también, ¡cuántos hijos de familias numerosas, mirando hacia atrás, dan gracias a Dios por la generosidad que él infundió a sus padres (tantas veces, en situaciones difíciles), y que a día de hoy les permite experimentar el gozo de la fraternidad! Y a la vez, ¡cuántos padres generosos pueden ver hecha realidad la promesa del salmo: “Tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa” (Sal 128,3). Esto es lo que los hijos ven en sus padres: la esperanza y generosidad que tuvieron al engendrar la familia.

Samuel supuso para sus padres, Elcaná y Ana, un nuevo comienzo; pero no sólo para su familia, también para la vida del pueblo de Israel, pues llegará a ser un gran profeta. “Dios es su nombre”. Cada hijo dice a sus padres que él es, sobre todo, un proyecto divino. Cada hijo lleva la genealogía de sus padres, pero sobre todo, la genealogía de Dios. Engendrar es la posibilidad maravillosa que Dios ha dado al hombre, para que participe de Su fecundidad, que quiere comunicar su vida a los hombres.

7) Para concluir

El misterio de la paternidad es el misterio de la acogida de un don que brota del don recíproco. El hijo, don de Dios que invita a creer en él, refuerza ese “nosotros” de la alianza sponsal, suscitando la gratitud al esposo o la esposa y generando el deseo de hacer crecer la familia, de hacer que el hijo sea también hermano. Por ello la alianza entre los esposos es el don primordial que hay que cuidar: es el mejor regalo que los padres pueden hacer a sus hijos.

8) Concretando

1. ¿En qué modo el nombre de cada hijo lleva el “nombre de Dios”?
2. Los dones y regalos que recibimos, ¿por qué necesitan un contexto para ser recibidos como tales? Y en el caso del hijo, ¿por qué ese contexto solo puede ser el don recíproco?
3. ¿Cómo se expresa al cónyuge la gratitud por haber hecho fecunda la propia vida en las diferentes etapas de la vida?
4. ¿En qué modo la alianza de los padres es la esperanza de los hijos? ¿Por qué cuanto más fuerte es la alianza, más fuerte es la esperanza?

5. ¿Cuál es el modo adecuado para preguntarse sobre el número de hijos? ¿Cómo ayudar a los hijos a planteárselo adecuadamente, ayudándoles así a superar la cuestión -siempre presente- de los recursos económicos?

9) Y ¿cómo puedo ampliar?

- Benedicto XVI, con motivo del 40º aniversario de la encíclica *Humanae vitae* (2 de octubre de 2008):

“La posibilidad de procrear una nueva vida humana está incluida en la donación integral de los cónyuges. En efecto, si toda forma de amor tiende a difundir la plenitud de la que vive, el amor conyugal tiene un modo propio de comunicarse: engendrar hijos. Así, no sólo se asemeja, sino que también participa en el amor de Dios, que quiere comunicarse llamando a la vida a las personas humanas”.

Texto completo: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/pont-messages/2008/documents/hf_ben-xvi_mes_20081002_isi_sp.html